

Número 9

1º de abril

1915

San Selerín...

Periódico para los niños



Dirigido por

Carmen Lira y Lilia González

Se publica quincenalmente en San José de Costa Rica

Toda la correspondencia
debe ser dirigida
al apartado núm. 825

Precio: 5 cts.

“LA ESCUELA HA COMENZADO”



JAN SELLERIN

PERIÓDICO PARA LOS NIÑOS

BUENOS DIAS!

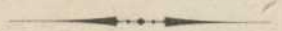
Buenos días, queridos chiquillos! Por fin vuelvo a vosotros después de las vacaciones y deseo ellas os hayan dejado tanta alegría como a mí. Cuánta falta me habéis hecho! A menudo he soñado con vosotros. Una noche soñé que estaba en «*la Escuela del Mau-ro*», sentado en un banco con aquel travieso muchacho que se llama Rubén Aguilar y que jugábamos con un ratón que yo había hecho con mi pañuelo. La maestra que era la niña Pila Sánchez nos sorprendió y nos quitó el ratoncito. Qué susto nos llevamos! Otra vez me pareció estar al lado de una niña muy buena amiga mía el año pasado: creo se llama Ma Julia Araya. Ella estaba inclinada sobre mí y sus crespos graciosos con reflejos dorados me hacían cosquillas en la nuca. Todos vosotros estabáis allí y me pedíais os contase cuentos.

Pero ahora no es un sueño, ahora sí es verdad que estáis a mi lado. Mirad cómo os traigo mi cestita llena de cuentos y muñecos que he encontrado para vosotros: este es el de «Caperucita» y este otro el de «Cenicientilla»; mirad estos dibujos: son abejones, maripos-

sas, ardillas, etc., cuyas costumbres sorprendí allá en el campo, mientras estaba tumbado bajo los árboles; aquí vienen las historias de muchos hombres cuya memoria debéis venerar porque han hecho todos los bienes de que hoy goza la humanidad. Atención! que ahora saco el cuento de las nubes blancas que juegan de *loco* con el viento sobre las praderas azules del cielo y luego van a descansar en las cumbres de las montañas, y esta canción que habla de un niño quien miraba al cielo después que el sol se ha puesto y decía a su hermanita señalándole la luna y la estrella de la tarde que brillaban muy juntas hacia el ocaso: Míra, la luna es el nidito que aquella estrella que revolotea allí cerca, y que es un pájaro de plata y oro, ha hecho con plumas muy blancas para poner sus huevecillos...

Pero no, ya os lo iré contando todo poco a poco. Por hoy os hablaré mucho de las madres. Son tan buenas y tan bellas esas queridas madres que nunca me cansaría de repetiros todo aquello que hable de ellas.

SAN SELERÍN



UNA PAGINA DE PIERRE LOTI

Pierre Loti es el seudónimo ¹ de Julien Viaud, delicado novelista francés. Entre sus libros recomendamos a ustedes «Mi hermano Yves». He aquí el trozo tomado de otro libro suyo, «La Novela de un Niño», cuyas líneas llenas de ternura las dedica al recuerdo de su madre:

Creo que el recuerdo más lejano en que la imagen de mi madre se me aparece bien, real y vivamente, con un rasgo de verdadera e inefable ternura, es el de una mañana de Mayo que entró en mi cuarto acompañada de un rayo de sol, llevándome un ramo de rosas y jacintos. Acababa yo de pasar una de esas enfermedades de los niños; sarampión o tos ferina, o no sé lo que era, y que me había condenado a permanecer acostado para que no me enfriara y estuviera bien caliente; y adivinando yo por los rayos de luz que filtraban por mis ventanas el esplendor del sol y del aire, me encontraba triste entre las cortinas de mi blanco lecho, quería levantarme y salir, quería, sobre todo y a toda costa, ver a mi madre, a quien tanto quería.

Se abrió la puerta y entró mi madre sonriendo. ¡Oh! Que bien la veo tal y como se me apareció entonces en el umbral de la puerta, acompañada del sol y del aire exterior. Lo recuerdo todo, la expresión de su mirada al encontrar la mía, el tono dulce de su voz, hasta los detalles de su tocado, que parecería feo y ridículo hoy. Venía de dar un paseo por la población. Llevaba un

1 Nombre falso empleado por un escritor.

sombrero de paja con rosas amarillas y un chal de *barés* color lila (se usaban los chales en aquella época), con ramitos de violetas más oscuros. Sus bucles negros, que no han cambiado de forma, pero que se han aclarado y son hoy completamente blancos, no presentaban entonces ningún hilo de plata. Me traía un fuerte olor de primavera y de sol que había tomado en la calle. Su cabeza, cubierta por el sombrero de grandes alas, aun está presente ante mi vista.

Con aquel ramo de flores me traía también un jarrito para agua y una cubita en miniatura, de esa porcelana con flores que se usa en los pueblos.

Se inclinó sobre mi lecho para abrazarme, y entonces ya no tuve deseos de nada, ni de llorar, ni de levantarme, ni de salir; ella estaba allí, y aquello me bastaba; me sentía completamente cambiado, tranquilo y consolado con su bienhechora presencia.

Tendría yo poco más de tres años cuando esto sucedía, y mi madre próximamente cuarenta y dos; yo no tenía la menor noción acerca de la edad de mi madre, ni se me ocurría pensar si era joven o vieja, y hasta mucho tiempo después no pude apreciar que era muy linda. No, en aquella edad, para mí, era mi madre, y eso bastaba; era una personalidad única, que no se me ocurría comparar con ninguna otra, de la que emanaba para mí la alegría, la seguridad, la ternura; de ella procedía todo lo que era bueno, incluso la religiosa fe naciente y la oración...

Yo quisiera saludar con palabras especiales la primera aparición en este libro de aquella figura bendita,

y si fuera posible, con palabras nuevas construídas expresamente para ella, distintas de las conocidas y que no existen; palabras que por sí solas hicieran derramar lágrimas bienhechoras de dulzura, de consuelo y de perdón; que encerrasen también la esperanza obstinada, persistente siempre en mí, y, a pesar de todo, de una reunión celeste y sin fin...

Nunca he podido explicarme bien por qué aquella aparición de mi madre ante mi camita de enfermo, en aquella mañana, me causó tanta impresión, siendo así que constantemente estaba a mi lado. Encuentro esto muy misterioso; es como si en aquel momento se me hubiera presentado por primera vez en mi vida.

¿Por qué entre los varios juguetes que he conservado, aquel jarrito de muñeca ha tomado, sin pretenderlo yo, un valor privilegiado, la importancia de una reliquia? Tal es su valor para mí, que me ha sucedido, al encontrarme en peligro, allá, muy lejos, en el mar, pensar en él con enternecimiento y verlo en el sitio que ocupa hace muchos años, en un armarito entre otros despojos infantiles; si desapareciese me faltaría un amuleto¹ que no podría reemplazarse con nada.

Y aquel chal de barés color lila que encontré hace poco entre objetos destinados a los pobres, ¿por qué lo he separado como un objeto precioso?... En su color, perdido hoy, en sus ramitos de dibujo indio, encuentro siempre algo así como la protección bienhechora y la sonrisa de mi madre; creo que encuentro en él la calma

1 Objeto al cual se atribuye supersticiosamente una virtud sobrenatural.

perdida, la dulce confianza y hasta la fe; se desprende de él para mí la emanación completa de mi madre, mezclada quizá también con el pesar melancólico de aquellas mañanas de mayo, que antes eran más luminosas que las de nuestros días.

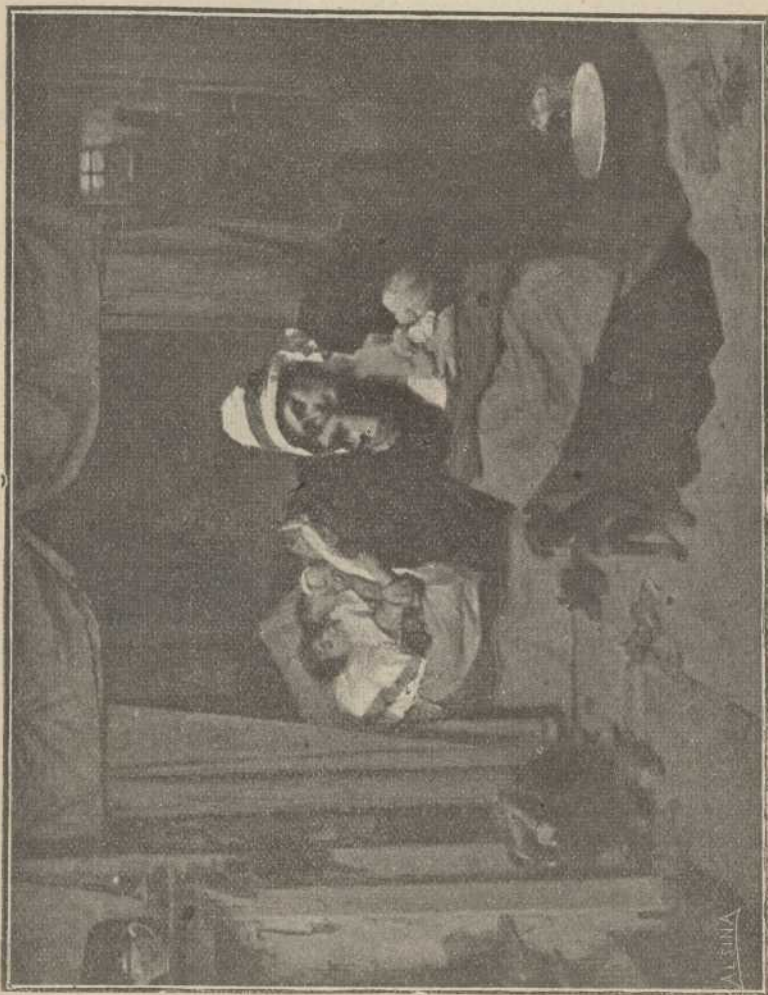
LAS HOJAS CAÍDAS

Anita está sentada en la rama de un árbol del jardín de su casa. Parece muy afanosa sujetando con un hilo a las ramas, las hojas amarillentas que están ya a punto de caer, mientras solloza con amargura.

—Qué haces Anita?—le dice el jardinero. Mira que vas a caer. Pero estás llorando... por qué lloras?

Anita contesta: Lloro porque esta mañana vino el médico a ver a mamá que hace tiempos está tan enferma, y dijo a papá que la encuentra muy grave... Se lo dijo muy bajito, pero yo lo oí... y después aseguró que... mamá se pondrá mucho peor y que probablemente se irá... cuando caigan las últimas hojas... Y por eso... para que no se caigan las estoy cosiendo a la rama.

Envío de la niña ERMIDA GALLEGOS



Cuando los niños duermen.
(Cuadro de Thomas Faed, pintor escocés)

LA DICHA DEL AMOR MATERNO¹

Probablemente algunos de ustedes no habrán olvidado aquellos dos niños que les presenté el año pasado: Tylytyl y Mytyl, a los cuales el hada Beryluna mandó le buscasen el Pájaro Azul para su nieta enferma. Entre los lugares por donde pasaron está el Jardín de las Dichas. Las Dichas son lindas niñas vestidas con trajes color de luna, de rocío, de cielo. Entre ellas llega la Dicha del Amor Materno a la cual La Dicha que parece ser jefe de la pequeña tropa lleva cerca de los niños y dice a Mytyl:

LA DICHA.—No la reconoces aún?... Mira entonces mejor, abre tus dos ojos hasta el corazón de tu alma!... Ella te ha visto, te ha visto!... Hacia tí viene tendiéndote los brazos. Es la Alegría de tu madre, es la Alegría-sin-igual-del-amor-materno!...

Después de haberla aclamado, las otras Alegrías, venidas de todas partes, se retiran en silencio ante la Alegría-del-amor-materno.

EL AMOR MATERNO.—Tylytyl! y también Mytil!... Cómo! Sois vosotros!... A vosotros encuentro aquí!... No me lo esperaba... Sola estaba en el hogar y he aquí que vosotros dos subís hasta el cielo, en donde irradian de Alegría las almas de todas las madres!... Pero antes, besos, dadme besos tantos como podáis!... Estando ambos en mis brazos, no hay nada que pueda darme mejor dicha!... Tylytyl, no ríes?... Ni tampoco tú, Mytyl?... No conocéis el amor de vues-

1. Es esta una página del Pájaro Azul famosa obra de Mauricio Maeterlink, escrita en francés y traducida al castellano por el señor Roberto Brenes Mesén.

tra madre?... Pero miradme, pues, no son mis ojos, y mis labios y mis brazos?...

TYLTYL.—Sí, vaya, sí, te reconozco, pero yo nada sabía.. Té pareces a mamá, pero eres más hermosa...

EL AMOR MATERNO.—Evidentemente, yo no envejecoco... Y cada día que pasa me trae fuerza, juventud y felicidad... Cada una de tus sonrisas me quita el peso de un año... Nada de esto se ve en el hogar, pero aquí todo se ve y esa es la verdad...

TYLTYL (Maravillado, contemplándola y abrazándola una y otra vez).— Y de qué está hecho ese traje tan bello?... Es acaso de seda, de plata o de perlas?...

EL AMOR MATERNO.—No, está hecho de besos, de miradas, de caricias... Cada beso que se da añade en él un fulgor de luna o de sol...

TYLTYL.—Es curioso, no hubiera creído que fueses tan rica... En dónde escondías tu traje?... Estaba en el armario cuya llave guarda papá?...

EL AMOR MATERNO.—No, lo tengo siempre, pero no se le ve, porque nada se ve cuando los ojos están cerrados... Todas las madres son ricas cuando aman a sus hijos... No hay pobres, no hay feas, no hay madres viejas... Su amor es siempre la más bella de las Alegrías... Y cuando parecen tristes, basta un beso que reciban o que den para que todas sus lágrimas se conviertan en estrellas en el fondo de sus ojos...

TYLTYL (Mirándola con asombro).—Sí, sí, es verdad, tus ojos están llenos de estrellas... Y son ciertamente tus ojos, pero están mucho más hermosos... Y ésta es tu mano también, aquí está tu anillo... Aun tiene

la quemadura que te hiciste una noche al encender la lámpara... Pero es más blanca todavía y cuán fina la piel!... Diríase que por ella se ve deslizarse la luz... No trabaja acaso como en el hogar?...

EL AMOR MATERNO.—Pero si es la misma; no habéis visto que se pone blanca y se llena de luz cuando te acaricia?...

TYLTYL.—Estoy asombrado, mamá, esta es tu voz también; pero tu hablas mejor que en la casa...

EL AMOR MATERNO.—En casa hay mucho que hacer y no se tiene tiempo... Pero lo que no se dice, se comprende igualmente... Ahora que me has visto, me reconocerás, bajo mi traje despedazado, cuando entres mañana á la choza?...

TYLTYL.—No quiero regresar... Puesto que tú estás aquí, quiero también quedarme en tanto que acá permanezcas...

EL AMOR MATERNO.—Pero si es la misma cosa, allá es donde yo estoy, allá donde estamos... Aquí has venido tan sólo para darte cuenta y para aprender al fin cómo hay que verme cuando me encuentres allá en la casa... Lo comprendes, mi Tylytyl?... Te crees en el cielo; pero el cielo está en donde quiera que nos abrazamos... No hay dos madres, y tú no tienes más que una... Cada niño tiene una tan sólo que es siempre la misma y siempre la más bella; pero hay que conocerla y saber mirar...

LA ESTACION TRISTE

De niño al contemplar en el invierno
los vidrios empañados por la niebla
y al ver como las hojas de los robles
iban cayendo por el aire trémulas.
¡Ya está aquí! me decía embelesado.
¡Ya regresa el invierno con sus fiestas!
Y al fulgor de las luces que alumbraban
la estancia paternal, tibia y risueña,
buscaba presuroso el nacimiento
bello a la luz de diminutas velas.
Mi madre cariñosa y compasiva
me decía, besando mis guedejas:¹
—Piensa, hijo mío, en los hambrientos niños
que duermen en los quicios de las puertas.

Hoy, al sentir llegar, enfermo y triste
a mi balcón las ráfagas primeras
que arrancan de la copa de los robles
las hojas en tropel, mustias y secas.
¡Ya está aquí! digo al fin con sobresalto.
¡Ya el invierno está aquí con sus tristezas!
Y a la luz de la tarde melancólica
en triste habitación, fría y desierta,
miro allí el empolvado nacimiento
que otros tiempos felices me recuerda.
Y al pensar que no hay mano cariñosa
que al morir acaricie mis guedejas,
pienso envidioso en los hambrientos niños
que duermen en los quicios de las puertas!

ANTONIO ZOZAYA.

1 Cabellos largos.



La Madonna Dolce.

Madona es el nombre que se da en Italia a la imagen de la Virgen.

El amor materno ha sido un sentimiento creador de grandes obras de arte, principalmente en pintura. Los mejores cuadros sobre este asunto son casi todos religiosos, como el que hoy les presentamos. Su autor fué Carlos Dolce (o Dolci) pintor italiano, cuyos cuadros se distinguen por su gran delicadeza.

UNA ELEGÍA HUMILDE¹

Es un pequeño cementerio casi alegre. Su vista no ensombrece nuestra frente con ideas tristes, sino que se piensa dulcemente en la muerte.

Allí descansan todos los campesinos que han muerto en el valle: los viejos, los jóvenes y los niños. Dan deseos de morir en aquel valle, para transformarse como los sencillos aldeanos en manojos de hierba fresca y verde, en margaritas de centro de oro y en escaramujos² de flores humildes.

El pequeño cementerio queda al pie de la montaña llena de rumores y a la orilla del río cantador.

*
* *
*

En la estación de las lluvias el río se sale de madre y pasa murmurando sobre algunos de los sencillos túmulos.³ En su seno lleva entonces parte de la tierra en la que se deshacen los cuerpos de aquellos campesinos, muchos de los cuales no traspasaron nunca la cumbre de sus montañas, pero el polvo que los formó irá al océano inmenso... muy lejos del quieto pueblecillo que los vió nacer y dormirse para nunca despertar.

Extraño destino! La muerte que siempre despier-ta idea de descanso, será para algunos de aquellos

1 Composición sobre un asunto triste.

2 Rosal silvestre.

3 Tumbas.

aldeanos tranquilos, inquieta y agitada como no lo fué nunca su vida!

* *
* *

De entre la hierba siempre verde emergen las cruces de madera pintada, pero no parecen símbolos lúgubres, tienen más bien un aire gracioso, adornadas con el escaramujo florecido casi todo el año y que sube por ellas abrazándolas cariñosamente.

¿Por qué se piensa al ver el pequeño cementerio que allí sólo hay niños enterrados? Sí, porque fueron como de niño los corazones de los candorosos campesinos que llevaron allí ajenos pies.

* *
* *

Siempre esos muertos están arrullados por el canto cristalino del río y por la voz profunda que el viento trae de la montaña.

Debe ser como estar dormido en el regazo de una madre joven que canta velando nuestro sueño.

* *
* *

Por las mañanas amanece la hierba del valle blanqueando de escarcha, y es la escarcha que brilla en la hierba del cementerio la que primero se deshace al beso del sol, y de allí suben también los primeros blancos copos de vapor, de todo el valle hacia el azul intenso de los cielos.

Y cuando la tarde se apaga lentamente hay una melancolía infinita en aquel rincón en donde los rosales silvestres florecen abrazados a las cruces. Las copas

de los lentiscos¹ que protegen la empalizada se vuelven luminosas... y cada una de sus hojitas es una lengua que canta una melodía triste. En la música del río y en la voz grave que baja de la montaña y que parece viniera de un órgano, hay un tono más quejunbroso y tierno.

Nunca como entonces me ha parecido más deliciosa la sensación de ver encenderse las estrellas bajo el azul verdoso del cielo: ahora una aquí, luego otra más allá... ¿Qué mano femenina, blanca con blancura de luna, de largos y finos dedos es la que va encendiendo esos dulces y pensativos luceros?

Los vencejos² pasan volando y con la punta de sus alas rozan la tierra que cubre los muertos y luego se remontan gorjeadores. A la música del río y de la montaña se une la melodía de los lentiscos, el gorjeo de los vencejos y la voz serena de las campanas que llama al hombre a meditar.

*
* *

Frente al pequeño cementerio, separada de él tan sólo por el camino polvoriento, queda la blanca y risueña casa de Sebastián el viejo campesino. El jardín que se abre a su entrada siempre está de fiesta, ya con sus pervincas de colores, con sus margaritas de nieve y oro o con sus *miramelindos* de seda. Sobre la *cerca* de piedra hay también un escaramujo que la adorna con sus hojas y sus flores. Seguramente la ca-

1 Arbol de hojas pequeñas muy común en Costa Rica.

2 Ave muy parecida a la golondrina.

llada vecindad de la cual la separa no más el camino, le regaló ha tiempo, el *hijito* de rosal silvestre que ya tantas veces ha deshojado sus cosechas sobre la *cerca* de piedra.

*
* * *

Desde el corredor se ve la tumba bajo la cual se fué a dormir Jacinta, la esposa de Sebastián. Queda al abrigo de las avenidas¹ del río.

Cuando murió era todavía muy joven. Quedaron cinco hijos pequeños, el menor de los cuales está ya para casarse.

Dulce sueño el de Jacinta! Frente a su casita queda su tumba y desde ella seguramente oyó crecer a sus hijos. ¿Y acaso no los vió crecer también? ¿No fueron sus amorosas pupilas color violeta las que asomaron bien pronto a flor de tierra, en los pétalos de las lindas florecillas que salieron del sitio en que reposa su cabeza? No se cansa la plantita de renovarse y de cubrirse de pétalos de color violado.

Sobre su túmulo iban a jugar en las tardes sus hijos:

¡Con qué confianza apoyaba en la cruz blanca Pascualillo, el más chico, su cabeza infantil que parecía en lo rubia y alborotada un panal de dorada miel! Lo hacía como si lo hubiera hecho en el hombro de su madre.

Maximina se revolcaba sobre el césped mullido que cubría la tumba; la niña levantaba al aire sus pier-

1 Crecientes.

necillas regordetas o escondía su carita risueña entre el césped lo mismo que si jugara en el regazo materno.

Las carcajadas de todos llenaban de alegría el pequeño cementerio: Los buenos muertos debían sonreír benignamente al oírlos.

Los mayores cortaban las rosas que adornaban la cruz. Y este rosal bebía el carmín de sus pétalos en el corazón de la madre, bajo el sitio en que Sebastián había cruzado sus manos, aquellas manos que tantas veces se posaron llenas de amor sobre las cabezas de sus pequeños: que aun muerta seguía siendo su corazón fuente de ternura que teñía de rosa las flores que habían de recrear los ojos de sus hijos. Hacían los chiquillos ramilletes con ellas y las colocaban en un vaso ante el altarcito que para la virgen tenían en casa y frente al cual se arrodillaban cada noche a rezar el rosario. Y entonces parecía que la ternura de la muerta campesina sonreía en los pétalos frescos, al mirar el amor que cual una gota de miel en una flor, temblaba en las rojas bocas de sus hijos, al pedir a la virgen por «el alma de mamita».

Quien sabe que pájaro dejó caer sobre la tumba una semilla de esa gráminea¹ que nosotros llamamos *lágrimas de San Pedro*. Y allí germinó, y sus raíces hundiéndose fueron a buscar su savia entre las manos de Jacinta. Con las brillantes semillitas grises los niños se fabricaron lindas gargantillas que acariciaron sus cuellos graciosos y de las que ellos se sentían ufanos.

1 Familia de plantas entre las que están el maíz, el arroz, etc.

Hermoso sueño el de Jacinta! No era pues un dulce cuento aquel que habla de una madre muerta que bajaba del cielo a dejar juguetes a sus hijos. ¿No fueron sus manos cariñosas las que fabricaron las lindas gargantillas que adornaban los cuellos de sus niños? ¡Amable sueño el de Jacinta! Si hubiera vivido no habría estado más íntimamente unida a sus hijos, que lo estaba muerta!

*
* *

Desde la puerta de su casa el viejo campesino seguía con tristes ojos los juegos de los chiquillos. Su corazón decía: «sólo a tus hijos puedes aun ofrecer alegrías Jacinta, que a mí tu muerte me dejó eternamente lleno de dolor!...»

*
* *

Hasta la hermosa vaca sarda, iba a meter su cabeza noblota a través de la empalizada y ramoneaba ¹ la perfumada hierba que cubría a la campesina, que tantas veces acarició su lomo y apretó su ubre repleta entre los blancos dedos.

Cuando los niños bebían en sus guacalitos la leche espumosa y amarillenta, no sabían que comulgaban con el cuerpo de su madre!

¡Dulce sueño el de Jacinta, que aun muerta sabía extraer leche de su seno para ofrecerlo a sus hijos!

*
* *

Pero ahora no son los hijos los que juegan sobre el humilde túmulo de la campesina que se fuera del

1 Cortaba las puntas de las hojas.

mundo una mañana para dar la vida al último de ellos, al rubio Pascualillo. Son sus nietos, blancos y rosadotes como lo fueron aquellos.

Se ha renovado muchas veces el escaramujo que brotara del corazón de Jacinta, bajo sus manos cruzadas; y no se cansa de ofrecer flores aun teñidas de rosa por la fuente inagotable de ternura que emana de lo que fué su corazón. Y ahora son sus nietos los que hacen con ellas ramilletes, se revuelcan sobre el césped mullido, de la misma manera que lo harían en el regazo de una abuelita de cabellos blancos, y llenan el recinto de la muerte con sus carcajadas que vuelan sobre las tumbas como bandadas de pájaros gorjeadores.

Cuando las lluvias comienzan, brotan todavía sobre el sitio en que estuvo la cabeza de Jacinta, las florecillas color violeta, del mismo color que tenían las pupilas amorosas de la campesina. Dijérase que en el fondo de ellas tiembla una mirada llena de ternura.

Y ahora es viejo Sebastián. Sentado en la piedra que hay a la entrada de su casa, mira jugar sobre la tumba de su esposa la caterva de rubios nietecillos.

Su mirada triste y cansada es el lenguaje de su corazón que tanto amó a Jacinta, la bella campesina de ojos color violeta: «Ya he vivido muchos años sin tí, Jacinta, ya mis hijos no me necesitan... ¿cuándo iré a descansar a tu lado?»

CARMEN LIRA